

¿DOS PUNTOS DE VISTA DE LA EVOLUCIÓN?

Hugo McCord



Con la publicación de *El origen de las especies* por Charles Darwin, en 1859, se dio inicio a una nueva era en la relación de la Biblia con la ciencia. Este libro creó una línea divisoria continental: Antes de 1859, casi todos los hombres de ciencia creían que el universo era la obra bien planeada de un Creador; desde 1859, casi todos los hombres de ciencia han adoptado gradualmente la creencia de que el universo es una casualidad sin propósito.

I. LA EVOLUCIÓN ORGÁNICA

El Museo Británico de Londres tiene en exhibición una colección de libros famosos. Sobresale entre ellos un ejemplar de la primera edición de la infame obra de Darwin, con una nota que reza: «Explicación de Darwin sobre cómo la infinita variedad de seres vivos que evolucionaron, efectivamente revolucionó la visión que tenía el hombre del mundo natural». Los revolucionarios han rechazado a Dios como Creador y han aceptado que la naturaleza (de origen desconocido) ha evolucionado gradualmente dando origen a la humanidad, por selección natural, a partir de antepasados animales.

Adaptaciones casuales¹

El llamarle «ley» a la selección natural equivale a darle un tratamiento que no merece. A lo que es totalmente producto de la casualidad, y fortuito, se le puede llamar «azar», pero no «ley». Además, aun si las casualidades naturales pudieran explicar la supervivencia del más apto, todavía se necesitaría ayuda para explicar cómo y por qué las variaciones favorables llegaron a suceder por casualidad: un ligamento, una glándula linfática, un estómago, un par de pulmones estratégicamente colocados, o un cerebro (originado por una naturaleza sin cerebro). La ilustración del filósofo inglés Henry More, del siglo diecisiete, todavía es apta: «¿Por qué son nuestros dientes frontales afilados como

cinceles para cortar, y los de más adentro anchos para moler?». La supervivencia al azar sencillamente no responde a la anterior pregunta.

No se ha encontrado indicio alguno de planta ni de animal alguno que desborde la línea de su género. Las variaciones sólo ocurren dentro del género, y los cruces cesan fuera de este. Si el azar gobernara todas las cosas, algunas veces las mulas deberían poder reproducirse. La esterilidad de ellas es indicio de leyes naturales fijas, no de adaptación casual.

Ya sea para una cosecha de maíz o para una visita a la Luna, el hombre tiene que planear cuidadosamente. No obstante, la mayoría de los científicos sostienen hoy día que, sin planes, la naturaleza incapaz de pensar, de un modo fortuito creó vida. No obstante, cierto evolucionista atea no trataría de probar esto: «¿Podemos creer que el mundo viviente es el resultado de errores acumulados? Reconozco que esta me parece una pregunta difícilísima de responder».²

Mutaciones

Hay quienes creen que la doctrina de Darwin (la casualidad en la naturaleza) habría desaparecido, a no ser por un estímulo que le dio Hugo de Vries, un botánico holandés, y por los estudios que este hizo de las mutaciones genéticas. Este botánico demostró que entre todas las especies (no entre los géneros, ni entre las clases ni las familias) ocurren mutaciones genéticas. Después de esto, se empezó a tener esperanza de que en estas se suplía algo básico que hacía falta en la teoría de Darwin. Darwin había tratado de explicar cómo varios animales aptos sobrevivieron después que estuvieron aquí, pero no tenía conjetura creíble sobre la forma como llegaron. Se esperaba que las pruebas de la variación en los genes demostrara cómo las diversas familias de plantas y de animales llegaron a existir.

No obstante, la desilusión llegó cuando las

investigaciones demostraron que entre las mutaciones (siempre escasas y menores), la dirección del proceso no avanza hacia un mejoramiento de la especie. Más bien, las variaciones genéticas son por lo general dañinas, si no mortales. El descubrimiento de de Vries, por lo tanto, no fue suficiente para reforzar el Darwinismo. Sin embargo, mucha conjetura se hizo a partir de pocas pruebas, y una nueva certeza se infundió al sistema que estaba fallando.

Mientras las mutaciones no traspasen el umbral del «género», y mientras no signifiquen un mejoramiento de la especie, constituirán un débil eslabón para dar sustento a la evolución orgánica. Si a los hechos nos atenemos, entonces, la evolución sigue sin ser probada. Un creyente en la evolución escribió: «No tenemos derecho a aceptar la evolución orgánica como una certeza».³ Continuó expresando:

Es cierto que ni el Lamarckismo [herencia de caracteres adquiridos por el ambiente, no por mutación de genes] ni las mutaciones nos ayudan a entender el mecanismo de la evolución; debemos tener la valentía de reconocer que no sabemos nada de este mecanismo.⁴

Las pruebas poco convincentes de la evolución se reflejan en la nomenclatura de Jean Rostand. Este habló de períodos de evolución tales como: «poligénesis», «oligogénesis» y «agénesis».⁵ Estas rimbombantes palabras sencillamente dicen que hubo un tiempo de mucha evolución en la naturaleza; después un tiempo de poca evolución y por último un tiempo, como hoy día, en el cual no hay ninguna evolución.

Además, aunque uno se puede imaginar el cuello de la jirafa haciéndose cada vez más largo por una mutación que se halló útil, muchos órganos no podían haber esperado que sucedieran miles de mutaciones. A diferencia de un «simple» proceso de elongación del cuello, muchos supuestos cambios son de tal naturaleza que hubieran tenido que ocurrir en una sola generación, porque, de lo contrario, la especie se hubiera extinguido. El mecanismo por el cual la araña teje su tela, no es una pieza opcional de equipo, ni lo es la «boca» de la planta insectívora Venus. Tampoco lo son los órganos reproductores de cualquier criatura. Si estos órganos no funcionaran perfectamente en una generación, no podría haber otra generación que la sucediera.

Para entender esta dificultad, uno tiene que imaginarse estos órganos o sistemas complejos de órganos a un octavo o un dieciseisavo de su

estadio de desarrollo. Entonces uno se da cuenta de cuán improbable es que una casualidad produzca de una sola vez la totalidad del sistema con capacidad para funcionar. Y sin embargo, la totalidad del sistema debe estar presente para que cualquier parte de él funcione.⁶

Cuando una avispa atrapa a un saltamontes y lo pica, la evolución orgánica también es picada. El alimento de la prole de la avispa depende del aguijón que ella introduce en el saltamontes. Sus hijos no podrían esperar que sucedan miles de mutaciones útiles para la adquisición y perfeccionamiento de su aguijón. El saltamontes es picado para que quede inconciente, pero no muerto. Luego la avispa entierra al saltamontes y pone sus huevos junto a este. La víctima paralizada es alimento en espera para avispas no nacidas que la madre jamás verá, pues ella cubre el hoyo y lo abandona antes que nazcan sus hijas. Las avispas madres tienen que hacer esta operación precisamente en la primera generación —y en todas las generaciones— para que la especie siga existiendo.

Una empresa descomunal

Poco después de la publicación de la obra de Darwin, el Ministerio de la Marina Británica gastó mucho dinero en un viaje de cuatro años en la embarcación *Challenger*. Comenzando en 1872, la tripulación exploró el fondo del océano en búsqueda de eslabones perdidos con el fin de probar la evolución. Creían que «las partes más ocultas de los océanos, que no cambian con el paso de las eras, revelarían» lo que las superficies de la Tierra no tienen: fósiles vivientes, o eslabones perdidos propiamente dichos que todavía existieran. En ese momento, era el proyecto más ambicioso jamás emprendido en la investigación del fondo oceánico. Un equipo de naturalistas a bordo del laboratorio flotante navegó 69.000 millas náuticas, hizo cientos de sondeos, y llenó cincuenta volúmenes para recoger los resultados. Tanto Thomas H. Huxley de Inglaterra como el naturalista de origen suizo Louis Agassiz estaban confiados. «Al comienzo, hasta los muchachos de la cabina se arremolinaban para ver lo que seis kilómetros de cuerda sacarían del fondo». No obstante, gradualmente, los espectadores fueron cada vez menos. Aun los miembros del equipo científico comenzaron a faltar, especialmente si el material dragado llegaba durante la hora de la cena. Toda sepia era exprimida para ver si su estructura era diferente de las que se conocían. Sir Charles Thomson, el director de la expedición, se desesperó después de cuatro años

de búsqueda. Lo único que se probó con la empresa fue que se encontraron algunos animales que se había creído sólo existían como fósiles.⁷

Contraste con la Biblia

Los que creen en la Biblia se dieron cuenta desde el principio de que la evolución orgánica y las Escrituras se encuentran en polos opuestos. La evolución presenta al hombre como descendiente de los animales; pero la Biblia lo presenta como creación directa tomada del polvo de la tierra (Génesis 2.7). La evolución considera que la esposa del hombre desciende de los animales; mientras que Génesis la presenta como creación directa tomada de la costilla del hombre (Génesis 2.22). La evolución considera la llegada del hombre como resultado de animales que se reproducen no según su género, mientras que la Biblia presenta a los animales reproduciéndose según su género (Génesis 1.21, 25). La evolución presenta al hombre como una bestia que se elevó a un nivel superior, mientras que la Biblia lo ve como uno que fue hecho a imagen de Dios, pero un poco menor que los ángeles (Génesis 1.26–27; Salmos 8.1–5). Los evolucionistas sostienen que el hombre es totalmente mortal, pero el Libro de Dios lo presenta inmortal (Génesis 5.24; Mateo 10.28). La evolución describe un origen desconocido de un universo sin dirección, mientras que la Biblia presenta a un Creador que está efectuando una creación planeada y dirigida (Génesis 1.1–5).

Tan antitéticas eran las dos posturas, que llegó a ser imposible creer en la evolución orgánica y a la vez creer en la inmortalidad del alma y la existencia de Dios. «Cuando se probó la evolución del hombre a partir de una serie de otros mamíferos, la creencia en la inmortalidad del alma, en el libre albedrío y en Dios, perdió el último sustento que le quedaba»,⁸ afirmó el biólogo alemán Ernst Haeckel. Julian Huxley aseveró que en la evolución de la vida «no hay cabida para un agente sobrenatural». ⁹ «Las causas y el funcionamiento propiamente dicho» de la evolución orgánica «se desconocen todavía», escribieron los profesores J. Willis Stovall y Howard E. Brown, pero el hecho «es algo que ya no se debate». ¹⁰

Note la sutileza de las palabras de ellos: El uso de la expresión «propiamente dicho» da la impresión de que la evolución está en funcionamiento, pero que es sencillamente invisible; y el uso de la palabra «todavía» lleva implícita la idea de que se está avanzando y que la ignorancia se despejará de un momento a otro. «La evolución biológica por medio de la selección natural»,

escribió el profesor Hudson Hoagland, «ha dejado de ser una teoría, y es tan altamente probable que el debatir su validez ha llegado a ser inútil». ¹¹ Cuán diferentes las palabras del profesor Henry M. Morris cuando dice: «No existe la más mínima prueba, ni en la ciencia ni en las Escrituras, de la validez de la evolución». ¹²

II. EVOLUCIÓN TEÍSTA

Una claudicación

Se han hecho esfuerzos por armonizar la evolución y la Biblia por medio de afirmar que la creación de Dios ocurrió por medio de un proceso de evolución. Lo que se conoce como «evolución teísta» se ha popularizado entre los que desean aferrarse a la Biblia y a la vez mantener las conjeturas científicas actuales. Tal claudicación es imposible.

Si el proceso de evolución ha producido un universo sin dirección, en el que la naturaleza decide su propio rumbo, entonces la intervención de Dios no tendría cabida. Si el hombre evolucionó, para ser totalmente mortal y no pasa de ser un animal, entonces no hay lugar para las doctrinas del pecado y de la expiación. Oliver Lodge dijo: «Según enseña la ciencia, lo que entendemos es que no hubo caída, sino una exaltación del hombre». Un animal que progresa merece ser elogiado; no necesita expiación. En vista de que una bestia no puede pecar, toda religión sale sobrando si el hombre no fue hecho a imagen de Dios, sino a la imagen de un simio. La evolución se basa en la política del «sálvese quien pueda», de la supervivencia del más apto; pero el cristianismo se basa en el amor vicario.

La expresión «evolución teísta» es una contradicción. Insertar a Dios como barrera de contención de una evolución casual y carente de diseño es tan imposible como referirse a alguien como honrado, cuando en realidad es poco honrado. Según la evolución teísta, Dios, como una Primera Causa honoraria, dio origen al universo y después lo dejó para que tomara su propio rumbo. En el proceso que se describe no hay un cerebro pensante, aunque se supone que Dios dio inicio al sistema. No obstante, los evolucionistas teístas no hablan abiertamente de azar sin diseño, ni de casualidades de la naturaleza, ni de fenómenos en los genes. No se imaginan animales amamantando a Adán y a Eva, pero sí hablan de «evolución emergente», de «creación progresiva» o de «creacionismo científico».

Capitulación del teísmo

Los que tratan de representar a Dios como el

que dio origen a variaciones sin propósito, no están contribuyendo a la causa del verdadero teísmo. El representar a Dios como testafarro del origen de vida hecha al azar, fortuita, no es muy elogioso para Él. Tal visión representa al hombre no como uno que fue hecho un poco menor que los ángeles, sino como las sobras de un proceso que avanzó a fuerza de errores. Después de millones de años de sucesos casuales, el hombre no sería creación directa de Dios, a imagen de Él, sino una afortunada casualidad.

La verdadera evolución no da cabida al alma del hombre. Según los evolucionistas, el universo es totalmente mecanístico. Está estrictamente determinado¹³ tanto en el aspecto físico como en el psicológico. Considere el cuadro de hombre que presentan los evolucionistas: El hombre sería lo que tenía que ser. Las sustancias químicas que componen su cerebro determinarían hasta el último de sus pensamientos. No tendría libertad, ni tendría propósito humano. Jamás habría llegado a existir, de no ser por una variación fortuita de un gene animal que lo hizo humano.

¡Cuán afortunado fue que la misma variación de la cual se dice que produjo la existencia del hombre, hizo que al mismo tiempo sucediera la llegada al mundo de su contraparte femenina! Según los evolucionistas teístas, Adán y Eva fueron fenómenos mutantes, que nacieron de progenitores animales.

Al hacer una reconsideración, ¿no fue afortunado que hubiera un fenómeno mutante femenino en los tiempos de Adán!? Condenado a la completa extinción (los evolucionistas no creen en otra vida después de esta), ¿no le habría convenido más no haber llegado a existir? ¿Cómo puede materia muerta que evoluciona hasta la vida, tener aspiración alguna? ¿Intervendría Dios al final, dándole propósito a la vida y a la evolución, y llevándose al cielo al hijo no deseado de un animal, a un fenómeno sobrante? ¿Creen al menos en el cielo los evolucionistas teístas? Sí así es, entonces lo es a pesar de todo lo que enseña la doctrina de la evolución, no a causa de algo en ella.

Ludwig Feuerbach (1804–72) no era amigo del cristianismo, pero era un hombre de discernimiento, pues dijo: «Lo que hoy es ateísmo, mañana será religión».¹⁴ El ateísmo y la evolución han sido aliados desde el comienzo de sus conjeturas. Hoy día, en nuestro tiempo, algunos religiosos han llegado a ser evolucionistas teístas, que no se detienen en su marcha hacia el ateísmo. La tendencia de gran parte de la religión es la teología ateísta —una expresión que, aunque

contradictoria, constituye un cumplimiento de la profecía de Feuerbach.

Una u otra

La evolución (ateísta o teísta) y la Biblia son irreconciliables. Los intentos por hacer listas de coincidencias entre la evolución y la Biblia tan sólo sirven para confundir el debate. Uno de tales intentos se encuentra en las siguientes palabras: «Tanto Génesis como la Biología comienzan con la nada, con el vacío; ambos proceden de lo simple hacia lo complejo, y los dos tienen su culminación en el hombre». No obstante, las anteriores palabras son ingenuas, son querer hacerse ilusiones. La evolución dice que la hierba llegó a existir sobre la tierra después de un período de desarrollo de 300 millones de años, a partir de algas y helechos, mientras que la Biblia comienza directamente con hierba (Génesis 1.11–13).

En realidad, la única manera de armonizar la evolución con la Biblia es mediante cambiar la Biblia. Este enfoque se ha intentado. Se ha escrito una nueva versión científica del libro de Génesis, porque «no hay nada en la idea de Adán y Eva que tenga cabida con la evolución». El Dr. Brian Pamplin, científico de la Durham University y miembro de la Iglesia anglicana, hizo que en su versión se lea: «Y evolucionó el hombre, varón y hembra evolucionaron, a partir de los animales superiores por el espíritu de Dios». Otro cambio que hizo el Dr. Pamplin es este: «Y dijo Dios, formen átomos la materia y la energía, y combínense y condénsense los átomos para formar sólidos y líquidos, y evolucionen las estrellas y los planetas en sus millones; y así fue».¹⁵

Esperanza fallida

Darwin escrutó el globo —tierra, mar y aire— con la esperanza de encontrar algún animal que estuviera a medio camino entre dos géneros, con la esperanza de encontrar un «eslabón perdido» entre el hombre y sus antepasados animales. En la Patagonia, un territorio que está al sur de Argentina, Darwin encontró una tribu de indios tan primitivos que él pensó que no tenían discernimiento del bien y del mal. Si estos fueran humanos que, sin embargo, no tuvieran discernimiento moral, serían un ejemplo de eslabón entre hombre y bestia. Allen Gardiner oyó del uso que Darwin estaba haciendo de aquellos indios. Gardiner, un oficial naval retirado, organizó la Sociedad Misionera Sudamericana y personalmente viajó desde Inglaterra hasta la Patagonia. No vivió para ver convertidos a los indios que eran

homicidas empedernidos, pero los sucesores de Gardiner con el tiempo efectuaron una revolución moral entre los indios después de haber sido enseñados acerca de Dios. Darwin reconoció su asombro e incluso su apreciación. Envió una donación a la Sociedad y pidió que lo aceptaran como miembro honorario.¹⁶

Un universo que no evoluciona

Otra conjetura de la ciencia moderna parece oponerse a la evolución. La idea de un universo progresivo, que evoluciona, no tiene cabida en la idea moderna de un universo que se está agotando gradualmente. Se le compara con un reloj al que se le ha dado cuerda y al que se le está agotando la cuerda sin que haya manera de volvérsela a dar. Las estrellas van lenta pero seguramente hacia la extinción, al arrojar sus energías al espacio. El universo se está desintegrando. La naturaleza, en lugar de exhibir evolución, exhibe disolución. Si la naturaleza marcha en una sola dirección, y esta es hacia la disipación, es difícil entender cómo clase alguna de evolución (ateísta o teísta) pueda mantenerse.

¹ Gran parte de este material es tomado de Hugo McCord, *The Credibility of Creation (La credibilidad de la creación)* (Nashville: 20th Century Christian, s. f.).

² Jean Rostand, *A Biologist's View (El punto de vista de un biólogo)* (Melbourne: William Heinemann, Ltd., 1956), 16, trad. de *Ce Que Je Crois* (Paris: Editions Bernard Grasset, s. f.).

³ *Ibid.*, 10.

⁴ *Ibid.*, 7–18.

⁵ *Ibid.*, 20.

⁶ William H. Davis, *Philosophy of Religion (Filosofía de la Religión)* (Abilene, Tex.: Biblical Research Press, 1969), 23.

⁷ Loren Eiseley, *The Immense Journey (El inmenso viaje)* (New York: Random House, 1962), 27–29.

⁸ Alfred W. McCann, *God—or Gorilla (Dios —o Gorila)*, (New York: Devin-Adair Co., 1922), 310–11.

⁹ J. D. Thomas, *Facts and Faith (Hechos y Fe)* (Abilene: Biblical Research Press, 1965), 126.

¹⁰ J. Willis Stovall and Howard E. Brown, *The Principles of Historical Geology (Los Principios de la Geología Histórica)* (Boston: Ginn and Co., 1954), 48.

¹¹ Hudson Hoagland, "Some Reflections on Science and Religion" («Algunas reflexiones sobre ciencia y religión»), *Science Ponders Religion (La ciencia sopesa la religión)* (New York: Appleton-Century-Crofts, 1960), 24.

¹² Philip E. Hughes, "Current Religious Thought" («Pensamiento religioso actual»), (*Christianity Today*) (25 September, 1964): 61.

¹³ Esto se refleja en las obras de Benedict de Spinoza, Thomas Hobbes y Sigmund Freud.

¹⁴ John Hick, *Classical and Contemporary Readings in the Philosophy of Religion (Lecturas clásicas y contemporáneas en Filosofía de la Religión)* (Englewood Cliffs, N. J.: Prentice-Hall, 1965), 32.

¹⁵ Associated Press, London, 18 June 1962.

¹⁶ Robert H. Glover, *The Progress of World-wide Missions (El avance de misiones de cobertura mundial)* (New York: Harper and Brothers, 1925), 282–83.